



VIAJE AL INTERIOR DE PÉREZ REVERTE

Celebramos con el genial escritor **25 años de existencia en la literatura** y 65 en el oficio de la vida. Junto a él caminamos por los escenarios de su nueva novela de espías para descubrir su geografía personal más íntima.

POR GEMA VEIGA. FOTOS: PATRICIA GALLEGO. REALIZACIÓN: BÁRBARA GARRALDA

A

ves exóticas en la marquetería de las paredes, sillones de terciopelo rojo, lámparas con tulipas de cristal y mucho bronce brillante. Arturo Pérez Reverte (Cartagena, 1951) nos cita en un antiguo vagón a medio camino entre la cafetería del Orient Express y la barra del Titanic. Estamos en el corazón del Museo del Ferrocarril de Madrid, en la histórica estación de Delicias, un lugar que custodia trenes en los que no hace falta moverse para viajar en el tiempo. Lo mismo sucede con los libros de este periodista, navegante y académico de la lengua. Esta vez el escritor universal, tan vendido como venerado, llega con una sorpresa bajo el brazo: *Falcó* (Alfaguara), su última novela y, a la vez, el nacimiento de un nuevo personaje *rever-tiano* al que le gusta frecuentar en la ficción estos andenes para mostrar con la fuerza de un rayo el lado más oscuro del ser humano. Quizá sea ese mismo relámpago el que, paradójicamente, nos permita ver durante el rato de un café los rincones más desconocidos y luminosos del interior de Arturo, donde descansa la afilada y reconocida pluma de Pérez Reverte.

¿Cómo cocinas tus novelas?

En esta tuve varias ventajas. La primera, el material que guardaba preparado dentro del *tupper* y que me sobró de cuando escribí *El tango de la guardia vieja*, unido a todo el cine que se puede ver de los años 20 y 30, la época convulsa en la que transcurre la novela. La segunda ventaja fueron mis recuerdos familiares. Yo no tenía a un *Falcó*, pero sí a mi tío Lorenzo y un universo lleno de fotos y recuerdos de la época. Y la tercera, y más importante, es que llegué a tiempo de vivir ese mundo. De conocer a esos golfos encantadores y elegantes, esa forma de encender un cigarrillo, de tocarte el nudo de la corbata cuando te vas a levantar o de sentarte, como lo hacía mi padre, procurando que no se le arrugase la raya del pantalón. Yo llegué, de niño, justo cuando se apagaba la luz. Y siempre he pensando que escribir desde la experiencia confiere alma a los libros.

***Falcó*, al igual que *Alatriste*, nace con la vocación de convertirse en una exitosa saga, pero sus personajes principales son seres muy distintos entre sí. ¿Por qué?**

Cada novela es un desafío. En esta ese desafío era precisamente que el lector aceptase como compañero de viaje a un

verdadero hijo de puta. A un tío sin escrúpulos, mujeriego, amoral, machista y, al mismo tiempo, simpático, guapo y elegante. El tipo con el que cualquier hombre se iría de copas y cualquier mujer, a la cama.

Vaya personaje... ¿Cómo se llega hasta alguien así?

Digamos que uso la novela de espionaje, que no negra, y un fondo histórico para darle un marco, pero, en realidad, este libro es el resultado de todo lo que sé como escritor. No es uno de esos que te pones *taca, taca, taca*. No. En este me he dicho: «A ver, Arturito, ¿qué has aprendido en 25 años haciendo novelas?». Diálogos muy picados, descripciones breves aunque eficaces... Resumo en 300 páginas lo que en otras ocasiones podrían ser 600 y empleo todos los trucos del oficio, pero de una manera profesional. Aunque sólo tardé ocho meses en escribirlo, es un libro muy deliberado.

¿Qué hay de ti en *Falcó*?

Todos mis personajes siempre tienen algo de mí; luego los rodeo de técnica narrativa y de imaginación. Pero yo no soy como este. Yo no soy un hijo de puta sin escrúpulos. No soy así en absoluto. Lo que sí es cierto es que le he prestado mi mirada. *Falcó* mira el mundo como lo miro yo.

O sea, con una lucidez dolorida.

Esa forma de ver el mundo como una broma hostil y peligrosa es mía. Cuando hablo de torturar o matar no me lo han contado. Yo no he ido con una pistola, pero he estado en situaciones peligrosas donde no valen las palabras. Esa familiaridad con la violencia, con la soledad, con el dolor, con el horror, con el lado oscuro de la vida la tengo. Y se nota. Lo que hay dentro de mi nueva novela no es de segunda mano. Yo escribo con mi biografía y, sobre todo, con la mirada que mi biografía me dejó.

¿Cómo vives la realidad con esa mirada?

La vida me ha causado muchos estragos. Me ha arrebatado ingenuidades, inocencias y palabras con mayúscula. Lo que pasa es que tengo otras cosas que compensan; tengo la lectura y una educación y un carácter que permiten que todo lo demás no haya hecho de mí un tío amargado. Para mí, la lealtad, la dignidad y la amistad tienen sentido. Son las palabras que compensan las cosas que he perdido. Si yo no tuviera nada a cambio de lo que la vida me ha quitado, ahora sería un miserable. Pero no. Es cierto que soy duro y peleón, aunque mantengo una serie de códigos que me hacen humano todavía. Y eso es lo bueno que tengo.

¿Y por qué te interesan tanto los canallas?

Porque he descubierto que hasta el más canalla tiene lealtades. Me interesan porque, en ellos, un código de ►

“
La vida me ha
causado muchos
estragos. Ha ido
modificándome
inocencias y
arrebatándome
ingenuidades.
Aun así, creo que
soy un hombre
afortunado
”



“ La lealtad entre un hombre y una mujer crea unos lazos más intensos y más resistentes que los del ‘amor fascinación’, que te dura seis meses y ya está ”

honor resulta más valioso que en las personas bondadosas. Y en este punto me anticipo a hablar de un aspecto por el que sé que vas a preguntarme: la relación de estos sinvergüenzas, como Falcó, con la mujer.

Precisamente, iba a hacerlo justo ahora...

Es verdad que Falcó es un mujeriego, un tío que no se enamora, que utiliza a las mujeres para lo que las utilizan los tipos como él. Aunque hay una cosa importante: es capaz de entablar una relación con ellas en otro plano, el de la camaradería. Y eso es fundamental. Siempre decimos que el amor es una cuestión de sentimientos, de conexión útero-cabeza. Sí. Pero hay otros tipos de amor que a lo mejor son más fuertes y más *amor de verdad* que el flechazo o el enganche.

¿Cuáles?

Los vínculos que da la lealtad. Esos que te unen a una persona con la que has estado luchando por algo, y hablo igual de una guerra que de un matrimonio de 40 años enfrentándose a la vida con un hijo con problemas. La lealtad entre un hombre y una mujer crea unos lazos más intensos y resistentes que los de la fascinación, que te dura diez polvos, seis meses y ya está. A ese amor sí es sensible Falcó. Pero para esa clase de camaradería hace falta una mujer adecuada, y no todas sirven para ese tipo de amor.

Esas que, cuando vienen los indios, en lugar de meterse bajo la cama sacan el rifle por la ventana y disparan...

Sí, el tipo de mujer que está en todas mis novelas.

¿Y en tu vida?

Y en mi vida. Mi cuñada es una catedrática fantástica y feminista. Otra cosa es ser una radical fanática. Por eso, cuando alguna de esas dice «¡ah, Reverte es una machista!», contesto: «Tú es que no me has leído. No has leído *La reina del sur*. No has leído *El tango de la guardia vieja*. No has leído *La carta esférica*. Y no has leído esta novela».

Va a ser que, en el fondo, eres un buen chico.

(Risitas). ¡Es que yo no tengo la culpa de que malinterpreten lo que digo! Desafío a muchas escritoras ultrafeministas a que hagan personajes femeninos tan sólidos, tan enteros, tan dueños de sí mismos y tan potentes como los de mis novelas. Mujeres cuya vía de acceso al mundo no sean el sexo ni la belleza, sino la personalidad, el valor, el coraje y la lealtad.

¿A qué cosas les tiene miedo alguien como tú?

Sobre todo le tengo mucho miedo a perder la compostura al final de mi existencia. Uno debería poder morir como ha vivido. Sin embargo, hay muertes que desmienten vidas muy interesantes. Como dicen los italianos, *un bel morir tutta una vita onora, un mal morir tutta una vita disonora*. Entonces, yo a veces tengo miedo a perder los papeles en el último tramo. Que la vejez, la decrepitud, la fatiga, la

decepción, lo que sea, me impidan guardar las maneras. Mi miedo es que la vida me juegue esa faena a última hora. Más allá de eso, no le temo a gran cosa. ¿Sabes en realidad qué pasa?

¿Qué?

Jugué muchas veces a la ruleta con mi vida y con todo lo que tenía. Cuando haces eso durante tanto tiempo, te acostumbras a poder perder. Dices: «¿Qué puede pasar? ¿Que la vida me golpee? Si ya lo he asumido desde el principio». Por eso me hacen daño tan pocas cosas. Me enfurecen la estupidez y la ignorancia, pero no me dañan.

¿Qué logra hacerte daño?

QA mis 65 años, la única cosa que me duele al mirar atrás es recordar las deslealtades. Lo demás es perdonable. Que un amigo te traicione por sexo o por dinero, pase, pero la deslealtad no. Recordar a las personas con la que yo he sido leal y que me han traicionado, no física, sino psicológicamente, eso sí que me ha dañado.

¿Tienes muchos recuerdos de esos?

No. Soy afortunado. Tengo buenos amigos y entre ellos vivo, pero hay dos o tres casos duros en mi memoria. También son lecciones: de todo se aprende.

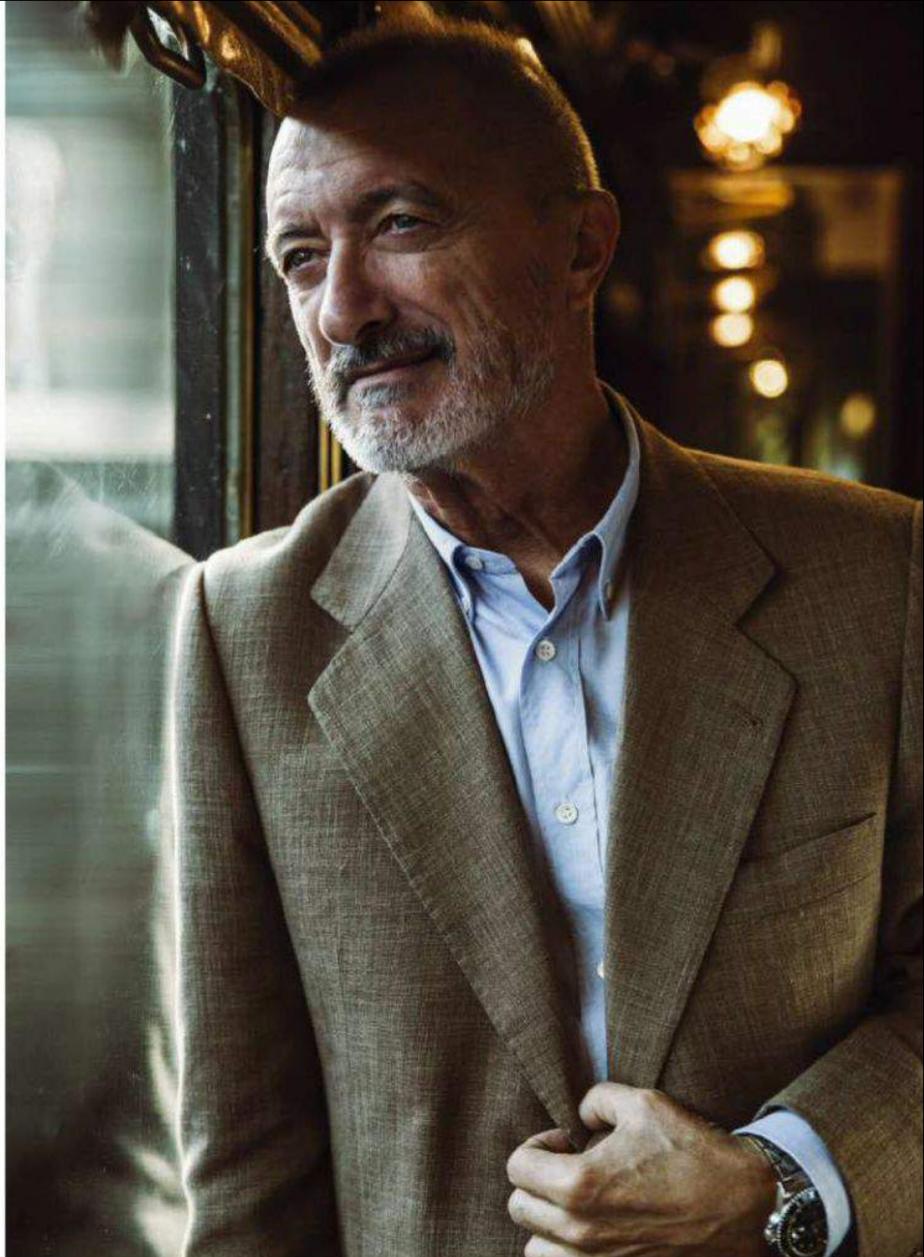
¿Sigues conservando tu moneda de Caronte para dársela al barquero cuando llegas a la hora?

Sí, la llevo conmigo siempre para ponerla debajo de la lengua cuando me toque la muerte. Yo creo que el mundo se divide

entre los que saben que van a morir y los que no. Ves a gente que se comporta como si fuese a vivir siempre y dices: «¿Estáis locos?». Pero si asumir que te vas a morir no es malo ni pesimista. Es nutritivo y gratificante, te permite vivir cada paso con absoluta precisión. Yo sé que me voy a morir, toda mi vida está montada en torno a esto. Lo cual no significa volverse loco, ser frívolo. Todo lo contrario: se trata de vivir conscientemente al caminar, al leer, al hablar, al mirar.

Volviendo al territorio de lo mundano, ¿en Falcó existe un gran rastreo de la moda, como ocurre en *El tango de la guardia vieja*, o simplemente lo parece?

Lo hay. El truco es ir esparciendo con mucho cuidado la moda como si fuesen gotas para que la novela no se convierta en un catálogo y que el lector pueda imaginar. Si digo «un reloj Patek Philippe», ya te haces una idea del personaje.



«Veo gente que actúa como si fuese a vivir para siempre y pienso: “¿Estáis locos?”. Asumir que vas a morir no es malo; es nutritivo y gratificante»

¿Con la estética te pasa como con la guerra, que hablas de ella porque la vives, o es sólo de oídas?

Sí, sí, me gusta. Yo tengo mis aficiones. Uso un tipo de zapato determinado y acudo a mi propio sastre, lo que no quiere decir que no compre pantalones de pana en Barbour. Te siguen la friolera de casi dos millones de personas en Twitter. ¿Cómo gestionas eso hoy por hoy?

Con el tiempo, he ido afinando mi presencia en Twitter. Hay domingos en los que entro y estoy toda la tarde hablando. Y luego me paso un mes sin aparecer. Lo que sí hago es retuitear cosas de amigos. Después de mi experiencia, lo que puedo asegurar es que Twitter es una herramienta muy útil, muy potente, pero también muy peligrosa. Así que ahora la utilizo con mucho tiento, de forma muy calculada. Ya no hay arrebatos. Si digo que ►

Rajoy es un sinvergüenza, lo digo sabiendo lo que estoy diciendo y sus consecuencias. Al principio era más ingenuo, ahora ya no me dejo arrastrar. Ya no me pillan.

Vayamos al papel. ¿Sabes que los últimos datos dicen que los millennials, en contra de lo que parece, leen muchísimo? Sí, es curioso. Y hay una cosa de la que me he dado cuenta: los chicos jóvenes llevan debajo del brazo el libro como si fuera un complemento, un desafío, una afirmación de sí mismos. Es como si dijeren: «Yo visto así y, además, hay un libro sobre mi mesa». Que los libros se hayan vuelto un objeto de prestigio generacional, un símbolo que va más allá de la lectura, es algo que me parece muy interesante.

¿Cómo llevas que se te etiquete como escritor best seller?

No me molesta. No tengo complejos con eso. Mis novelas son *best sellers* porque se venden bien, aunque yo no escribo con la intención de que lo sean. Esa es la diferencia. Podría estar haciendo *El club Dumas* o *La tabla de Flandes* una vez al año, como Ken Follet, pero no soy Ken Follet. Quizá vendería más de lo que estoy vendiendo, aunque no es mi vocación.

Tienes 30.000 volúmenes en la biblioteca de casa. ¿Qué escritor te ha enganchado últimamente?

Yo soy un novelista accidental. Para mí la novela es una forma de vivir, consecuencia de toda una vida como lector. De hecho, si no hubiera sido lector, jamás habría sido novelista. Aunque los autores modernos los consumo muy poco. Leo a los amigos y releo más que leer. Aun así, hay un libro que me ha parecido muy interesante; se llama *Los caballos de Dios*, de Mahi Binebine, una obra cortita que cuenta cómo surge un chaval yihadista en un barrio pobre de Marruecos. Hay novelas con las que te pasas muy bien pero las cierras y ya está. Hay otras que te siguen acompañando cuando las has terminado, y esta es de las que te acompañan un buen trecho.

Más allá de los libros, ¿qué es lo último que le ha enseñado la vida a Arturo Pérez Reverte?

Pues, fíjate, a mí la vida me enseña cosas todos los días. Es gracioso porque tengo una edad y una biografía como para estar de vuelta de todo. Pero no. Por ejemplo, a mí me

encantan lo niños, ¿no? Pues cuando voy por la calle me pongo detrás de esos pequeños que van todos de la mano. Y camino un rato mirándolos. Entonces intento adivinar en ellos qué van a ser cuando crezcan. Miro a la profesora acojonada por que crucen solos la calle. Igual parece una tontería, pero durante ese rato soy feliz. También lo soy cuando me miran mis perros... ¿Tú tienes perro?

No.

Un perro es familia para toda la vida. Cuando mis *teckels* me miran con esa cara, que sé que morirían por mí... Son el tipo de cosas que me hacen sentir bien. ¿Sabes qué?

¿Qué?

Creo que hay dos clases de escritores, y supongo que de ser seres humanos. Los cazadores y los recolectores. El recolector está en un territorio que es suyo, riega las macetas, planta guisantes, tiene hijos con su mujer. Después está el cazador, que es el que va por la vida y se arriesga, el que sale del camino establecido, el que se acerca a desconocidos. Esa persona que siente curiosidad y entiende la vida como una aventura porque sabe que tiene cosas apasionantes. Yo soy un cazador, lo he sido toda la vida. Un cazador con biografía probada.

¿Y a los cazadores les gusta cazar?

Lo detesto. Maté un gorrión con 13 años y jamás he vuelto a disparar sobre un animal. Por lo demás, el cazador va a la captura de todo: de una luz, de una voz, de una palabra, de un gesto, de una música. Todo le enriquece. Aunque últimamente nada haya sido un gran descubrimiento en mi vida, estoy seguro de que, en cuanto salga de este vagón a la calle, veré algo que me sorprenderá. Y me pararé a mirarlo. Si, además, eres novelista, sabes que cualquier cosa puede ser útil y nutritiva para escribir. Así que lo capto todo por si acaso. Ahora he visto tu sombrero negro sobre la mesa con esas plumas de colores en el ala. Pues ya lo tengo registrado. Antes me he percatado del hueso de tu muñeca. Eso también me vale. A lo mejor escribo un día y alguien dice sobre una mujer: «Toqué el hueso de su muñeca». ¡Yo qué sé! Ese soy yo.

¿Un hombre curtido en mil batallas que todavía sigue teniendo la capacidad de sorpresa del niño?

Sí, tengo la capacidad de sorpresa. Es verdad. Tengo todavía el entusiasmo. Y es un milagro. ■



«Una luz, una palabra, una voz, un gesto... Todo me enriquece. Soy un cazador que sabe que la vida es una aventura apasionante»